



LITERRIA



Georges Bernanos

DIARIO
de un
CURA
RURAL



Prólogo de José Luis Restán

Literaria

30

Georges Bernanos
Diario de un cura rural

Traducción de Jesús Ruiz y Ruiz
Prólogo de José Luis Restán



Título en idioma original: *Journal d'un curé de Campagne*

© Librairie Plon 1936, 1975

© Ediciones Encuentro, S.A., Madrid 2009 y la presente, 2023

Traducción de Jesús Ruiz y Ruiz

Revisión de Cristina Ansorena

Prólogo de José Luis Restán

Imágenes: Freepik y Pixabay

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-152-6

ISBN PDF: 978-84-1339-818-1

Depósito Legal: M-10554-2023

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. +34 915322607

www.edicionesencuentro.com



PRÓLOGO

«Pues bien, hijo mío, de habernos dejado obrar a nosotros, la Iglesia habría dado a los hombres esa especie de seguridad soberana. Cada cual hubiera tenido también su parte de contrariedades. El hambre, la sed, la pobreza, los celos (...). Nunca habríamos hecho acopio de suficiente fortaleza para meternos al diablo en el bolsillo. Pero el hombre se sabría hijo de Dios».

Esa especie de seguridad soberana, que consiste en saberse hijo de Dios... esta frase que dirige el cura de Torcy al protagonista del *Diario* podría resumir la obra entera de Georges Bernanos.

Diario de un cura rural no es sólo ni principalmente una «novela sobre el sacerdocio», sino una novela sobre la fe y sobre la Iglesia. Bernanos vivió su pertenencia a la Iglesia dolorosa y apasionadamente. Comprendió que ella era el único hogar donde vivir la libertad y la alegría que deseaba, de modo que las limitaciones y traiciones de sus miembros nunca le empujaron al abandono o al resentimiento. Como explica el teólogo von Balthasar en *El complejo antirromano*, después de un siglo de sorda rebelión entre los intelectuales

católicos, sólo en los personajes de Bernanos se reconcilian por fin el anhelo personal de renovación y santidad con la forma concreta de la Iglesia.

«La gracia de las gracias sería apenas amarse humildemente a sí mismo, como a cualquiera de los miembros dolientes de Jesucristo», escribe el cura rural en la última página de su *Diario*. Porque la Iglesia es un cuerpo de miembros dolientes (ahí están el pobre cura de Ambricourt, mademoiselle Louise, la condesa, e incluso la pequeña Seraphita para documentarlo) y, sin embargo, «dispone de toda la dicha y la alegría reservadas a este pobre mundo».

Bernanos sufre y goza con la Iglesia. No diseña programas de reforma, ni procede a torpes clasificaciones: «es un verdadero rebaño, (...) con bueyes, asnos, animales de tiro y de labor, también algunos machos cabríos (...) ¿qué puedo hacer con ellos?... no hay manera de matarlos ni de venderlos, (...) porque el dueño quiere que le devolvamos cada animal en buen estado».

Lo que hace grande a la Iglesia no es la virtud natural de sus miembros, sino el triunfo del Resucitado que brilla a través de la escandalosa debilidad de los suyos. Nuestro cura rural lo comprenderá sólo al final, pero su vida es un signo transparente de esta verdad central del cristianismo.

El párroco de Ambricourt, torpe y desmañado, hará saltar por los aires la soberbia de corazón y el resentimiento contra Dios que, como un cerrojo, aprisionan a la condesa. El diálogo entre ambos constituye uno de los cuadros dramáticos más impresionantes de la literatura, pero es también un descenso al abismo misterioso de la pura maldad, que consiste en la

rebeldía frente al amor de Dios. La insospechada victoria del pobre sacerdote es la victoria de Otro que le lleva de la mano. Él mismo confiesa su asombro en el diario: «un lector que recorra estas líneas creerá que estaba obrando según un plan preconcebido, pero no es así; lo juro, yo únicamente me defendía».

La gracia, pues, adquiere un misterioso protagonismo que a nuestro cura le cuesta aceptar. La propia miseria e incapacidad que le oprimen como una losa, se convierten en cauce para una salvación que es de otro mundo. El cura de Torcy, que representa el realismo imponente de la fe, se lo dirá brutalmente al protagonista, quejoso una vez más por la sequedad de su predicación: «¡Cállate! No querrás que un desgraciado desharrapado como tú, haga otra cosa que recitar su lección; pero Dios bendice incluso tu lección, pues no tienes el aspecto próspero de un conferenciante de misas pagadas».

Pero esta gracia, protagonista en toda la obra literaria de Bernanos, no es una fuerza etérea, sino la presencia del Hijo de Dios que ha venido a la tierra, y con su encarnación ha establecido un verdadero pueblo de hermanos. Sólo ahí se comprende la relación entre los curas de Ambricourt y Torcy. La presencia de este sacerdote oriundo de Flandes, fogoso y práctico, cuya áspera apariencia no logra disimular su profunda piedad por los hombres, abre para el solitario cura de Ambricourt la experiencia de una amistad conmovedora. La Iglesia es para Bernanos el hogar de esa amistad que no está sometida a gustos ni estados de ánimo, que se funda en el amor a la verdad del otro, esto es, a su destino. Por eso la amistad del cura de Torcy es siempre una verdadera compañía para el camino del autor del diario, aunque muchas veces le escueza y le resulte apremiante.

Junto al triunfo de la gracia, que hace resplandecer el rostro de la Iglesia cualquiera que sea su tosquedad humana, el otro gran misterio que recorre el *Diario* es la profundidad del mal. Es una malicia que arraiga en las profundidades del corazón del hombre, pero cuya semilla viene de fuera, de un misterio de rebeldía al que Bernanos pone nombre sin dudar a lo largo de su obra. Esta malicia, protagonizada o sufrida, empuja a los personajes al cinismo, al aburrimiento o a la tentación de desesperar.

Aquí encontramos, como en Dostoievski, la profundidad del alma humana invitada a reconocer y decidir: reconocer el rostro bueno del Padre y abrazarse a Él. Fuera de esta invitación sólo queda el zambullirse en el agua amarga de la desesperación y de la nada. En las novelas de Bernanos, la respuesta a esta alternativa depende en última instancia de la sencillez de corazón, que permite a personajes como el pobre cura de Ambricourt reconocer la verdad en el instante supremo. A esta sencillez nuestro autor la denomina *espíritu de infancia* y, como recuerda el cura de Torcy, la Iglesia es el lugar donde pervive contra viento y marea, porque «ha sido encargada por Dios de mantener en el mundo ese espíritu infantil, esa ingenuidad».

La historia del cura rural es la de este espíritu infantil que sólo finalmente se impone sobre los análisis y las presunciones que pretenden ridiculizarlo a cada paso. «¿Por qué inquietarme?, ¿por qué tratar de prever lo que ocurrirá?; si tengo miedo diré: tengo miedo (...), sin sentir por ello ninguna vergüenza ¡Que la primera mirada del Señor cuando se me aparezca su Santa Faz, sea una mirada tranquilizadora (...) ¡Qué más da! Todo es ya Gracia».

Diario de un cura rural transpira toda la ternura sobria y discreta de Georges Bernanos por la pobre gente que recorre los caminos del mundo. Esas voces y esos rostros humanos que el escritor gustaba de escuchar y contemplar en las mesas de los cafés, mientras garabateaba incansable sus cuartillas, «para no dejarme engañar por seres imaginarios, para poder encontrar con la mirada, en el desconocido que pasa, la justa medida de la alegría o el dolor» (cf. *Los grandes cementerios bajo la luna*, Madrid 1986).

La suya no fue nunca una mirada de fabulador a sueldo o de analista de salón, sino la mirada de la verdadera compasión que sólo se aprende al calor de Jesús de Nazaret.

José Luis Restán

DIARIO DE UN CURA RURAL





I

Mi parroquia es una parroquia como las demás. Todas se parecen. Las de hoy en día, naturalmente. Ayer mismo le decía al señor cura de Norefontes que el bien y el mal deben hallarse equilibrados, o si lo prefería, superpuestos uno y otro sin mezclarse, como dos líquidos de distinta densidad. Al oír mis razones, el señor cura de Norefontes se echó a reír. Es un buen sacerdote, muy benévolo, muy paternal y que pasa en el propio arzobispado por espíritu fuerte y un tanto peligroso. Sus ocurrencias provocan la hilaridad en los presbiterios y él suele acompañarlas con una mirada que quiere ser viva y que en el fondo es tan marchita, tan fatigada, que al verla me dan ganas de llorar.

Mi parroquia se halla consumida por el aburrimiento; esa es la palabra exacta. ¡Como tantas otras parroquias! El tedio lo devora todo ante nuestra vista y nos sentimos incapaces de hacer nada. Acaso algún día nos alcance el contagio y descubramos en nosotros mismos ese cáncer. Es posible vivir mucho tiempo teniéndolo latente en el interior.

La idea se me ocurrió ayer, en la carretera. Caía una de esas lluvias finas que cuando se respiran a pleno pulmón

parecen descender hasta el vientre. Por el lado de Saint Vaast, vi aparecer bruscamente el pueblo, apilado y mísero, bajo el cielo huracán de noviembre. Bajo la llovizna, el pobre pueblo tenía aspecto de estar tendido allá, en la hierba, chorreante, como un animal agotado. ¡Qué pequeño es un pueblo! Y aquél constituía, precisamente, mi parroquia. Era mi parroquia, pero yo no podía hacer nada por ella y la contemplaba tristemente, viendo cómo se hundía en la noche, cómo desaparecía... Dentro de algunos instantes dejaría de verla. Jamás había sentido tan cruelmente su soledad y la mía propia. Sin saber por qué pensé en aquel ganado que oía mugir a veces entre la niebla y que el vaquerillo, al volver de la escuela, con el cartapacio aún debajo del brazo, conducía entre los pastos mojados, al establo caliente, oloroso... También el pueblo parecía aguardar en aquel instante —sin grandes esperanzas de que apareciera— después de tantas otras noches transcurridas entre el lodo, a alguien a quien seguir hasta algún improbable e inimaginable albergue.

Ya sé que todo esto no son más que ideas locas, que ni yo mismo puedo tomar en serio, sueños absurdos... Los pueblos no se levantan obedientes a la voz de cualquier vaquerillo, como el ganado. ¡No importa! Ayer noche, creo que si un santo lo hubiera llamado...

Me repito a menudo que el mundo se halla consumido por el tedio. Claro que hay que reflexionar un poco para darse cuenta de ello, pues no se comprende de buenas a primeras. El aburrimiento es algo semejante al polvo. Vamos y venimos sin verlo, respirándolo, comiéndolo y bebiéndolo. Es tan fino, tan tenue, que ni siquiera cruje al ser masticado. Sin embargo, basta detenerse unos instantes para que recubra el

rostro, el cuerpo, las manos. Hay que moverse sin cesar para sacudir esa lluvia de ceniza y quizá sea ésta la causa de que el mundo esté tan agitado.

Se podría objetar que el mundo está tan familiarizado con el tedio que éste forma parte de la verdadera condición humana. Es posible que en el principio la semilla estuviera diseminada por doquier y que germinara aquí y allí, donde encontró un terreno propicio. Los hombres conocen bien ese contagio del tedio, esa lepra. Es una desesperación abortada, una forma vil de la desesperación, algo así como el fermento de un cristianismo descompuesto.

Tales pensamientos procuro guardarlos siempre para mi fuero interno. Sin embargo, no me avergüenzo de ellos. Creo que me produciría gran bienestar llegar a hacérselos comprender a alguien; gran bienestar y gran reposo. Para mi conciencia, claro está. El optimismo de los superiores está totalmente muerto. Los que lo profesan aún, enseñan por costumbre, sin creer ni siquiera en él. A la menor objeción, prodigan sonrisas suplicantes, pidiendo gracia. Los viejos sacerdotes no se dejan engañar. A pesar de las apariencias y si se permanece fiel a un determinado vocabulario, por lo demás inmutable, los temas de la elocuencia oficial no son los mismos. Antes, por ejemplo, una tradición secular obligaba a que un sermón episcopal no acabara jamás sin una prudente alusión —convencida, es verdad, pero prudente— a la inminente persecución y a la sangre de los mártires. Tales predicciones son en la actualidad mucho más raras. Probablemente porque su amenaza es menos incierta.

Una frase ¡ay! comienza a divulgarse por los presbiterios, una de esas horribles frases llamadas «de soldado» y que, no sé

cómo ni por qué, parecieron graciosas a nuestros antecesores, pero que los muchachos de mi edad hallan tan feas y tan tristes. (Es además sorprendente que el *argot* de las trincheras haya logrado expresar tantas ideas sórdidas en imágenes lúgubres... ¿Pero era realmente el *argot* de las trincheras?...). Se repite de muy buena gana que «no hay que tratar de entender». ¡Dios santo! ¡Si estamos aquí justamente para eso! Sólo que, ¿quién informa a éstos? Nosotros. Por eso cuando se nos alaba la obediencia y la sencillez de los monjes me complazco en decir que el argumento no me conmueve demasiado.

Todos somos capaces de mondar patatas o cuidar puercos siempre que nos lo mande un superior de novicios. Pero en una parroquia no es tan fácil efectuar actos virtuosos como en una comunidad. Tanto más cuanto *ellos* los ignorarán siempre y jamás llegarán a comprender nada.

El arcipreste de Bailloeil, desde su jubilación, frecuente asiduamente la casa de los RR. PP. Cartujos de Verchocq. *Lo que he visto en Verchocq* fue el título de una de sus conferencias a la que el señor deán casi nos obligó a asistir. Escuchamos cosas muy interesantes, casi apasionantes, dichas en el tono preciso, pues el encantador anciano tiene los pruritos minúsculos e inocentes de un profesor de letras y cuida tanto su dicción como sus manos. Se diría que aguarda y teme al mismo tiempo, la presencia improbable, entre su auditorio de sotana, del señor Anatole France, y que en nombre del humanismo le pide gracia para el buen Dios, con miradas finas, sonrisas cómplices y retorcimientos de meñique. Parece que esa especie de coquetería eclesiástica estaba de moda en 1900. (Soy probablemente de naturaleza muy áspera, basta, pero tengo que confesar que el clérigo letrado me causa siempre

horror. Frecuentar las «gentes de espíritu» es, en resumen, como comer fuera de casa... y no se va a comer fuera de casa en las propias narices de quienes se están muriendo de hambre).

El señor arcipreste nos contó muchas anécdotas, llamadas por él *rasgos*, según se usa ahora. Creo haberlas comprendido. Desgraciadamente, no me sentí en ningún instante tan emocionado como hubiera deseado. Los monjes son incomparables maestros de la vida interior, nadie duda de ello, pero la mayor parte de aquellos famosos *rasgos* eran como los vinos del terruño, que tienen que consumirse en el mismo lugar. No soportan el traslado.

Acaso sea posible... ¿debo decirlo?, acaso sea posible que ese pequeño número de hombres reunidos, viviendo juntos día y noche, creen sin saberlo una atmósfera favorable... Yo también conozco algo los monasterios. He visto a religiosos recibiendo humildemente, el rostro bajo y sin chistar, la reprimenda injusta de un superior, destinada a quebrantar su orgullo. Pero en esas casas que no turba eco exterior alguno, el silencio alcanza una calidad, una perfección verdaderamente extraordinaria; el menor temblor es percibido por oídos de una sensibilidad exquisita... Y hay silencios de sala capitular que valen un aplauso.

(¡Mientras que una repulsa episcopal...!).

Releo estas primeras páginas de mi diario sin hallar en la lectura satisfacción alguna. He reflexionado mucho, ciertamente, antes de decidirme a escribir. Pero tal reflexión no me tranquiliza lo más mínimo. Para quien tiene el hábito de la plegaria, la reflexión no es con frecuencia más que una coartada, una manera solapada de confirmarnos en una

intención. El razonamiento deja cómodamente en la sombra lo que deseamos mantener oculto. El hombre de mundo que reflexiona, calcula sus oportunidades. Pero, ¿qué representan las oportunidades para nosotros, que hemos aceptado de una vez para siempre la terrible presencia de la divinidad en nuestra pobre vida? A menos que pierda la fe —¿y qué le queda entonces si no puede perderla sin renegar?—, un sacerdote no sabrá tener de sus propios intereses la clara visión, tan directa —quisiera decir tan ingenua, tan cándida— de los hijos del siglo. ¿Calcular nuestras oportunidades? ¿Para qué? No se juega contra Dios.

* * *

Recibí la respuesta de mi tía Filomena acompañada de dos billetes de cien francos, justamente lo que me faltaba para lo más apremiante. El dinero se desliza entre mis dedos como si fuese arena. ¡Es horrible!

Tengo que confesar que soy bastante bobo. Lo prueba, por ejemplo, lo que me ocurrió en el caso del tendero de Heuchin, el señor Pamyre, que es un hombre honrado (dos de sus hijos son sacerdotes) y que me ha recibido con mucha amistad. Es, además, el proveedor titulado de mis colegas. No deja nunca de ofrecerme, en su trastienda, vino quinado y pastas secas. Acostumbramos a charlar unos instantes. Los tiempos son duros para él, una de sus hijas no tiene aún dote y la educación de sus otros dos hijos —varones—, que frecuentan la facultad católica, cuesta cara. Un día, hace poco, al tomar un encargo mío, me dijo amablemente: «Añadiré tres botellas de vino quinado. Coloreará sus mejillas». Creí estúpidamente que me las ofrecía como obsequio. La verdad es que un

pobre, que a la edad de doce años pasó de un hogar mísero a un seminario, no sabrá nunca el valor del dinero. Creo incluso que nos es difícil permanecer estrictamente honestos en asuntos de negocios. Más vale no arriesgarme a jugar, aunque sea de una manera inocente, con lo que la mayoría de los seculares consideran, no un medio, sino un fin...

Mi colega de Heuchin, que no es persona de las más discretas, creyó su deber hacer, en forma de broma, una alusión a tal equívoco, en presencia del propio señor Pamyre. Éste pareció sinceramente afectado.

—Que el señor cura —dijo— venga cuantas veces quiera... Siempre tendremos el placer de brindar con él. Gracias a Dios, no reparamos en una botella más o menos. Pero los negocios son los negocios y no puedo regalar mi mercancía.

Y la señora Pamyre añadió:

—También nosotros tenemos obligaciones propias de nuestro estado.

* * *

Esta mañana he decidido no prolongar la experiencia más allá de los doce meses venideros. El 25 de noviembre próximo echaré estas hojas al fuego y trataré de olvidarlas. La resolución, tomada después de la misa, me ha tranquilizado durante unos instantes.

No es un escrúpulo, en el sentido exacto de la palabra. No creo hacer daño a nadie anotando aquí, día a día, con una franqueza absoluta, los más humildes, los más insignificantes secretos de una vida que además no tiene misterio alguno. Lo que voy a perpetuar en el papel no enseñaría gran cosa al único amigo con quien me explayo todavía y, por lo demás, sé

que jamás me atrevería a escribir lo que cada mañana confío a Dios sin la menor vergüenza. No son escrúpulos, sino más bien una especie de temor irracional, parecido a la advertencia del instinto. Al sentarme por vez primera delante de este cuaderno de colegial, he tratado de fijar mi atención, de concentrarme como para un examen de conciencia. Pero no ha sido mi conciencia la que he podido ver con esta mirada interior, ordinariamente tan reposada, tan penetrante, que desprecia el detalle y va directamente a lo esencial. Parecía resbalar por la superficie de otra conciencia, hasta entonces desconocida para mí, por un turbio espejo que me hacía sentir el temor de ver surgir un rostro. ¿Qué rostro? ¿Acaso el mío...?

Cada cual debería hablar de sí con un rigor inflexible. Pero al primer esfuerzo para comprenderse, ¿de dónde surge esta piedad, esta ternura, este aflojamiento de todas las fibras del alma y estos deseos de echarse a llorar?

Ayer fui a ver al cura de Torcy. Es un buen sacerdote, muy puntual, que hallo un poco vulgar. Un hijo de campesinos ricos, que conoce el valor del dinero y que me impone bastante por su experiencia mundana. Los colegas hablan de él como candidato para el decanato de Heuchin... Su comportamiento conmigo es bastante descorazonador, pues aborrece las confidencias y sabe apartar de su mente el deseo de expresarlas con una risa bonachona, aunque más sutil en el fondo de lo que aparenta. ¡Cuánto desearía, Dios mío, tener su salud, su valor y su equilibrio! Creo que mira con bastante indulgencia lo que llama adrede mi sensiblería, porque sabe que no pongo en ella la menor vanidad. ¡Nada de eso! Hace ya mucho tiempo que no trato de confundir con la verdadera piedad de los

santos —fuerte y dulce— ese miedo infantil que siento hacia el sufrimiento de los demás.

—¡Mala cara, pequeño!

Hay que decir que me hallaba aún trastornado y confuso por la escena que acababa de hacerme algunas horas antes el viejo Dumonchel en la sacristía. Dios sabe que quisiera dar por nada, junto con mi tiempo y mi esfuerzo, los tapices de algodón, los cortinajes comidos por las polillas y los cirios de sebo, pagados muy caros al proveedor de Su Excelencia, pero que encendidos se deshacen con un chisporroteo de sartén puesta al fuego. Pero las tarifas son las tarifas... ¿Qué puedo hacer yo?

—Hubiera tenido usted que echar al viejo inmediatamente —me dijo el cura de Torcy.

Y como yo protesté, prosiguió:

—¡Echarle con cajas destempladas! Conozco a ese Dumonchel: el viejo tiene bastante... Su difunta esposa era dos veces más rica que él. Es justo que la entierre como es debido. Ustedes, los curas jóvenes...

Me contempló de arriba abajo, con el rostro completamente congestionado.

—Me pregunto lo que tienen ustedes en las venas... En mis tiempos se formaban hombres de Iglesia, no frunza el ceño porque me entran ganas de darle un pescozón; sí, hombres de Iglesia...; tome el vocablo como le parezca, jefes de parroquia y rígidos directores, como si fueran hombres de gobierno. Aquellas personas eran capaces de dirigir una localidad con sólo un gesto de su barbilla. ¡Ya sé que va usted a ponerme objeciones...! Que comían bien, que bebían incluso y que lo ocultaban. ¡De acuerdo! Cuando se ordena convenientemente

el trabajo, se hace de prisa y bien y quedan ratos de ocio... Es mejor para todos. Ahora, los seminarios nos envían niños de coro, pequeños descamisados que se imaginan que trabajan más que nadie porque no triunfan en nada. Unos lloriquean en vez de mandar. Otros leen montones de libros y otros no son siquiera capaces de comprender, de entender, ¿me oye usted?, la parábola del Esposo y la Esposa. ¿Qué es una esposa, querido muchacho, una verdadera mujer, tal como un hombre puede aspirar a encontrar si es tan estúpido como para no seguir el consejo de san Pablo? No responda... Diría tonterías. Pues bien, es una moza, dura en el trajín, que hace su parte en las cosas y sabe que todo cuanto haga tendrá que volverlo a empezar una y otra vez. La Santa Iglesia tiene a gala preocuparse, pero no cambiará este pobre mundo en un pulcro altar de Corpus. Tuve anteriormente, le estoy hablando de mi antigua parroquia, una sacristana sorprendente, una buena hermana de Brujas secularizada en 1908, una buena mujer. Los ocho primeros días, dale que dale, logró que la casa de Dios brillara como un locutorio de convento, hasta el punto de que ni yo mismo la reconocía... ¡Palabra de honor! Estábamos en la época de la cosecha, no acudía un gato y la endemoniada vieja exigía que me quitara los zapatos... ¡Yo, que le tengo horror a las zapatillas! Creo, además, que las había comprado ella de su propio salario. Cada mañana se esforzaba en hallar motas de polvo en los bancos, dos o tres hongos de moho en la alfombra del coro y telarañas en todos los rincones, ¡oh, pequeño!, telarañas dignas de figurar en el ajuar de una novia.

»Yo me decía: «Limpia, pule todo lo que quieras... Ya verás lo que ocurre el domingo». Y por fin llegó ese día. Un

domingo como los demás, no vaya usted a creer... La clientela ordinaria, tan sólo. Era medianoche y estaba aún puliendo y sacando brillo a la luz de las velas. Algunas semanas más tarde, por todos los santos, llegó una misión predicada por dos padres redentoristas, dos mocetones. La desgraciada se pasaba las noches en vela entre su cubo y su gamuza, echando agua con tanta afición que el musgo comenzaba a manchar las columnas y la hierba a crecer entre las juntas de los ladrillos. No había manera de convencer a la pobre hermana. De haberla escuchado, habría echado a todo el mundo de la iglesia para que el buen Dios estuviera en un lugar limpio. «Me arruinará usted con tantas pociones», le dije un día, pues su tos era muy fuerte. Pero la pobre vieja no quiso escucharme y tuvo que meterse finalmente en la cama, con un ataque de reumatismo articular. El corazón le falló y ¡paf!, nuestra hermana no tardó en comparecer ante san Pedro. En cierto sentido fue una mártir; no puede decirse lo contrario. Su equivocación no fue combatir la suciedad, sino haber querido aniquilarla, como si fuera posible semejante cosa. Una parroquia es forzosamente sucia. Una cristiandad es más sucia aún. Aguardemos al gran día del Juicio y veremos lo que los ángeles tendrán que sacar a paletadas de los más santos monasterios... ¡Qué vaciado de letrinas! Eso prueba, pequeño, que la Iglesia tiene que ser una buena ama de casa, un ama de casa razonable. Cosa que no era mi buena sacristana. Una buena ama de casa sabe que no puede hacer de su hogar un relicario. Tales cosas no son más que ideas y pensamientos de poeta.

Yo había estado aguardando con impaciencia a que llegara a aquel punto. Mientras atiborraba su pipa, traté de hacerle comprender que el ejemplo no estaba bien elegido, que

aquella religiosa muerta por su afán de limpieza no tenía nada en común con «los niños de coro», los descamisados que «lloriquean en vez de mandar».

—Desengáñese —dijo él sin la menor dulzura—. La ilusión es la misma. Con la sola diferencia de que los descamisados no tienen la perseverancia de mi buena hermana. En el primer ensayo y con el pretexto de que la experiencia del ministro desmiente su minúsculo sentido común, lo dejan todo. Sus paladares sólo admiten delicadezas. Pero una cristiandad no se alimenta de confituras. Dios no dijo que fuéramos la miel de la tierra, sino la sal. La verdad es que nuestro pobre mundo se parece al pobre padre Job tendido sobre el estercolero y lleno de llagas y úlceras. La sal puesta sobre la carne viva escuece. Pero impide que se pudra. Con la idea de exterminar al diablo, vuestra otra manía es ser amados, amados por vosotros mismos, naturalmente. Pero grave usted en la mente que un verdadero sacerdote no es nunca amado. Y aún más: la Iglesia se burla de este afán. Primeramente sed respetados, obedecidos. La Iglesia necesita orden. Ordenad pensando que el desorden va a imperar al día siguiente porque justamente entra en el orden del mundo —¡ay!— que la noche eche por los aires vuestro trabajo de la víspera... La noche pertenece al diablo.

—La noche —dije (sabía que iba a encolerizarse)— ¿es la misión de los clérigos regulares?

—Sí —me respondió fríamente—. No hacen más que tocar músicas celestiales.

Traté de parecer escandalizado.

—No tengo nada contra los contemplativos. A cada cual su tarea. Y músicas aparte, son también floristas.

—¿Floristas?

—Exactamente. Cuando se ha arreglado la casa, lavado la vajilla, pelado las patatas y puesto la mesa, se colocan flores frescas en el jarro... Es natural. Mi pequeña comparación no puede escandalizar más que a los imbéciles, pues existe un matiz bien definido... El lirio místico no es el lirio campesino. Y por otra parte, si el hombre prefiere el filete de buey a un ramo de florecillas azules, es que es un bruto, un tragón. En una palabra, los contemplativos de usted están muy bien provistos de todo lo necesario para suministrarnos hermosas flores naturales. Desgraciadamente, en los claustros, como en todas partes, hay engaños y nos cuelan con mucha frecuencia flores de papel.

Me observaba de soslayo procurando disimularlo y en aquellos instantes creí ver en el fondo de su mirada mucha ternura y —¿cómo diría yo?— una especie de inquietud, de ansiedad. Yo tengo mis preocupaciones y él tiene las suyas. Pero a mí me cuesta callarlas. Y si no hablo es menos por heroísmo que por ese pudor que también conocen los médicos, según me han dicho, al menos a su manera y según el orden de preocupaciones que les es propio. Él, en cambio, se callará las suyas, ocurra lo que ocurra, con su naturalidad franca, pero más impenetrable que la de aquellos cartujos con quienes me crucé en las crujías de Z...

Bruscamente me cogió la mano y la sostuvo unos instantes entre las suyas, unas manos hinchadas por la diabetes, pero que apretaban inmediatamente, sin tentar, duras, imperiosas.

—Acaso me diga usted que no comprendo a los místicos. ¡No añada una tontería más a las que ha estado pensando! En el gran seminario había en mis tiempos un profesor de

Derecho canónico que se creía poeta. Componía mamotretos impresionantes, con todos los pies necesarios, con todas las rimas, las sílabas que eran necesarias. ¡Pobre hombre! Estoy seguro de que habría sido capaz de poner su Derecho canónico en verso. Pero le faltaba una sola cosa; llámela como quiera... inspiración, genio, *ingenium*... ¿qué se yo? Yo también carezco de genio. Suponiendo que el Espíritu Santo me haga señales un día, dejaré mi escoba y mis trapos, ¿qué cree?, iré a dar una vuelta entre los serafines para aprender música, con la intención de gritar un poco al principio. Pero permitirá usted que me ría en las narices de las personas que cantan a coro antes de que Dios haya levantado su batuta.

Reflexionó un instante y su rostro, a pesar de hallarse vuelto hacia la ventana, me pareció que se sumía de pronto en la oscuridad. Los propios rasgos se habían endurecido como si aguardaran de mí —o acaso de él mismo, de su conciencia— una objeción, un mentís, no sé qué... Tardó poco en serenarse.

—¿Qué quiere usted? Tengo más ideas sobre el arpa de David. Era un muchacho de talento, ciertamente, pero toda su música no le preservó del pecado. Sé que los pobres escritores de buena voluntad que componen *Vidas de Santos* para la exportación, se imaginan que un hombre está cómodo en el éxtasis, que se halla confortado y en seguridad como en el seno de Abraham. ¡En seguridad!... Naturalmente, nada es tan fácil a veces como ascender hasta allá. Dios mismo nos transporta. Se trata solamente de mantenerse, y en su caso, de saber descender. Se habrá usted dado cuenta de que los santos, los verdaderos, mostraban bastante embarazo a su regreso. Una vez sorprendidos en sus equilibrios, comenzaban por suplicar que se guardara el secreto: «No habléis a nadie de lo

que habéis visto...». Sentían cierta vergüenza, ¿comprende?, vergüenza de ser los niños mimados del Padre, de haber bebido la copa de la beatitud antes que nadie. ¿Y por qué? Por nada. Por favor. ¡Esas clases de gracia...! El primer movimiento del alma es evitarlas. Se pueden interpretar de muchas maneras las palabras del Libro... «¡Es terrible caer vivo en las manos de Dios!». ¡Qué digo! ¡En sus brazos, sobre su corazón, el corazón de Jesús! Es como si se hallara uno ocupando un lugar aparte en el concierto, tocando el triángulo o los címbalos y que de pronto le rogaran que subiese al estrado y le dieran un Stradivarius diciéndole: «Adelante, muchacho. Te escuchamos». ¡Brr...! Vamos a ver mi oratorio, pero primero límpiense los pies, no vaya a ensuciar la alfombra.

No entiendo gran cosa de muebles, pero su alcoba me pareció magnífica: una cama de caoba maciza, un armario de tres puertas muy tallado, sillones recubiertos de terciopelo y sobre la chimenea, una enorme Juana de Arco en bronce. Pero no era su habitación lo que el señor cura de Torcy quería enseñarme. Me condujo a otro cuarto, muy desnudo, amueblado solamente con una mesa y un reclinatorio. En la pared se veía un horrible cromo, parecido a los que hay en las salas de hospital y que representa un Niño Jesús mofletudo y rosado, entre el asno y el buey.

—¿Ve este cuadro? — me dijo —. Fue un regalo de mi madrina. Podría haberme comprado otro hace mucho tiempo, algo más artístico, pero sigo prefiriendo éste. Lo encuentro horrible e incluso un poco estúpido, pero eso me tranquiliza. Nosotros, pequeño, somos de Flandes, un país de grandes glotones y grandes bebedores... ricos, además... Ustedes, los pobres ce-trinos del Boulonnais, con sus chamizos de adobe no se dan

cuenta de la riqueza de Flandes, de las tierras negras... No hay que pedirnos hermosas palabras que entusiasmen a las damas piadosas, pero, a pesar de todo, no dejamos de tener místicos, hijo mío. Y nada de místicos enfermos, no. La vida no nos da miedo: tenemos una sangre espesa y roja, que late en nuestras sienas incluso cuando estamos saturados de ginebra o la cólera nos ofusca, una cólera flamenca capaz de derribar un buey... una sangre roja, con unas gotas de sangre azul española, la suficiente para encenderla. En una palabra, usted tiene sus preocupaciones y yo tengo las mías... probablemente no son las mismas. ¡Si se las dijera...! Pero ya le hablaré de ellas otro día; por ahora veo que tiene mala cara y me arriesgaría a ponerla peor. Pero volviendo a nuestro Niño Jesús, figúrese que el cura de Poperingre, de mi pueblo, de acuerdo con el vicario general, una cabeza testaruda, trataron de enviarme a San Sulpicio. En su opinión, San Sulpicio era el Saint-Cyr de los clérigos jóvenes o bien Saumur o la Escuela de Guerra. Y luego, mi señor padre (entre paréntesis, diré que al principio creí que era una broma, pero luego me di cuenta de que el cura de Torcy no designaba de otra manera a su padre... ¿Una costumbre de otros tiempos?), mi señor padre tenía el riñón bien cubierto y quería hacer honor a la diócesis. Sin embargo, cuando vi aquel viejo cuartel de leprosos que olía a caldo grasiento... ¡Brr! ¡Y además todos aquellos muchachos, tan delgados los pobres diablos, que incluso mirándolos de cara tenían el aspecto de seguir estando de perfil...! Finalmente hice amistad con tres o cuatro camaradas, no muchos más, y juntos llevábamos de cabeza a los profesores. Éramos los primeros en el trabajo y la comida, por ejemplo, pero fuera de eso... verdaderos diablillos. Una noche, cuando todos estaban ya acostados, nos encaramamos por los

tejados y comenzamos a maullar fuertemente. Maúlla que te maúlla, hasta el punto de despertar a todo el barrio. Nuestro ayo se persignaba incansablemente al pie de la cama creyendo que todos los gatos de los alrededores se habían dado cita en la Santa Casa para contarse horrores... Una farsa imbécil, ¿no? Al terminar el trimestre, aquellos señores me mandaron a mi casa, con unas notas bajo el brazo: «No es tonto», «buen muchacho», «excelente naturaleza», y otras cosas... En resumen, que no era bueno más que para guardar vacas. Pero yo no soñaba más que con ser sacerdote. ¡Ser sacerdote o morir! El corazón me sangraba tan enconadamente que el buen Dios permitió que me acometiera la tentación de destruirlo... Mi señor padre era un hombre justo. Me condujo a casa de Monseñor, en su calesa, con una carta de una tía abuela, superiora de las Damas de la Visitación de Namur. Monseñor resultó ser, asimismo, un hombre justo. Me hizo pasar inmediatamente a su despacho y, una vez en su presencia, me eché a sus pies y le confesé la tentación que me había acometido. A la semana siguiente me mandó a su gran seminario, un edificio no muy confortable, pero sólido. ¡No importa! Puedo decir que vi una vez en mi vida la muerte de cerca... ¡Y qué muerte! A partir de aquel momento decidí tomar precauciones y no cometer más estupideces. Fuera de servicio, como dicen los militares, pocas complicaciones... Mi Niño Jesús es demasiado joven para interesarse aún mucho por la música o la literatura. Y acaso se reiría de las personas que se dedicaran a los comentarios enrevesados en lugar de llevarle paja fresca y abundante para su buey o de almohazar al asno.

Me arrastró fuera del cuarto cogiéndome por los hombros y la palmada amistosa de una de sus anchas manos estuvo a